

El largo camino de la Nación Peruana (siglo XIX)*

Oswaldo Holguín Callo

Señora Vicepresidenta de la Academia Nacional de la Historia
Señores académicos
Señoras y señores:

Acto que el reglamento prescribe y en virtud del cual nos reunimos en esta bicentenaria mansión, debe empezar con la patente gratitud del nuevo miembro de número, elegido antes por el generoso aprecio de sus escasas letras que por el real mérito de las mismas, antes por la gentil simpatía que le dispensan sus maestros y colegas, amigos muy dilectos, que por la poca luz que sobre nuestro esplendoroso pasado haya podido derramar con cordial propósito esclarecedor y perdonable curiosidad intelectual. La decisión de la Academia Nacional de la Historia me honra y compromete, pues ciertamente pertenecer a ella, aun en postrero escaño, impone no solo graves y delicadas tareas sino un casi sagrado compromiso con el querido pasado nuestro, al cual está entregada desde que en 1905, hace cien años, surgió para estudiar el largo camino recorrido por una patria antigua, un pueblo nuevo y una nación joven, el Perú,

Recibir el asiento que ocupara el doctor Percy Cayo Córdova es para mí razón adicional de reconocimiento, pues fue mi antecesor un académico que amó profundamente al Perú, que recreó su trayectoria desde la cátedra de profesor y la mesa de conferencista, que lo vivió con sincera devoción y entrega. La obra de Percy Cayo, apenas hace once meses fallecido, revela un talento sutil para el análisis, una honrada visión del pasado peruano, una empatía cordial con los personajes que lo hicieron, desde aquellos inolvidables precursores de la Independencia hasta los muy

* Versión aumentada de *El largo camino de la Nación Peruana (siglo XIX)*. Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia. Discurso de recepción por Margarita Guerra Martinière. Casa de Osambela, 15 de setiembre de 2005. Lima: edición del autor, 2005.

valerosos héroes de la Guerra del Pacífico. No solo sus cualidades intelectuales, sino las aún más esenciales de su condición humana y cristiana, hicieron de Percy un amigo y compañero a carta cabal que sirvió a la Academia con entrega y afecto que no podremos olvidar.

Introducción

No es reciente en el Perú el noble y ambicioso anhelo de ser una nación, el tipo más evolucionado de la sociedad moderna, una nación que abarque y reúna a todos los peruanos; en la frase “la promesa de la vida peruana” de Jorge Basadre yace ese ideal.

No pocos factores han retardado el desarrollo de la Nación Peruana entre los siglos XIX y XX. Entre los principales, el fuerte arraigo de la estructura social heredada del Virreinato, el racismo, la separación espiritual y física, la incomunicación lingüística, la escasa y dispersa población, sumadas al aislamiento favorecido por la extensión territorial y la accidentada geografía, las dificultades materiales (*v. gr.* el Estado pobre), la escasa voluntad política, la diversidad de tradiciones culturales y la muy pequeña proporción de grupos dirigentes entre la población total¹.

El siglo XIX es solo una etapa en el largo y continuo camino de la formación del Perú nacional, tanto en la vida oficial como en la cotidiana. En dicha centuria, mucho más que en la anterior, algunos peruanos se preguntaron qué era el Perú, quiénes eran los peruanos, etc., señal de preocupación por precisar la identidad social mediante una reflexión sobre sí mismos. El proceso no empezó entonces, pero la Independencia y los avatares republicanos, como el triunfo del Dos de Mayo y el traspíe de la Guerra del Pacífico, perfilaron la vida peruana de una manera distinta y particular; no cabe dudar de la importancia de la Independencia en la más rápida formación del Perú como nación, tampoco de los graves efectos del conflicto del 79 en una más clara conciencia de las sombras y vacíos de la nacionalidad. Basadre sostenía que el Perú “tuvo en el siglo XIX, el más infortunado de su maravillosa historia”². ¿Qué lo llevó a tan severo juicio? Sin duda, el no ver cristalizada su ideal de nación, pero también el recuerdo de la Guerra, que vistió de luto el tiempo finisecular y, en Tacna y Arica, de donde él provenía, fue dolorosa actualidad en todo ese periodo. Sin embargo, no fue el XIX un siglo que solo aportó tragedias a la Historia del Perú ni una etapa totalmente perdida en la “construcción” de la nación. Ojalá que estas memorias me permitan demostrarlo.

1 Cf. Basadre, Jorge: *Historia de la República del Perú, 1822-1933* (Lima: Editorial Universitaria, [1968]-1970, 6a ed.), I, p. 246.

2 Cf. *ibid.*, I, p. 106. Otros intelectuales han expresado semejantes o aun más severas censuras, resultando, en general, bastante negativa la imagen de nuestro siglo XIX.

En el Virreinato existieron varias "naciones étnicas": la nación española, la nación india (con múltiples matices), la nación de los negros congos de Lima, etc., cada una con su respectiva identidad³. Sin duda, no eran naciones en el sentido político-social actual, sino partes del heterogéneo conglomerado humano ligadas por elementos raciales, sociales, culturales, etc., pero especialmente raciales, que ocupaban un lugar propio en la jerarquizada sociedad de ese tiempo.

Por las diferencias político-sociales que surgieron entre los españoles peninsulares y los americanos, que a la postre se hicieron antagónicas, la "nación española" se desdobló en una propiamente española y otra española-americana, la "nación criolla", culturalmente ya mestiza, que con la implantación de la República y debido al claro liderazgo de sus dirigentes se constituyó en germen o base social de una "nación política" nueva: la Nación Peruana. Así, la Nación Peruana es el resultado de un proyecto de concepción criolla; tiene como origen la "nación criolla", que en lo biológico era europea pero en lo cultural y en los sentimientos ya era mestiza.

Las lúcidas perspectivas de Benedict Anderson⁴ permiten sostener que la Nación Peruana ha sido "imaginada" y "construida" por las elites criollo-mestizas, sobre todo de la costa, por el Estado central, por los gobernantes, los intelectuales, los políticos y la alta burocracia de la capital. Por lo tanto, no es la nación más de una vez "imaginada" por quienes, llevados por la añoranza y admiración de un pasado no vivido, y por la idealización de su grandeza, pensaron no pocas veces en la restauración de los Incas.

La Nación Peruana surge en el tiempo virreinal, cuando se dieron ciertas actitudes y reflexiones pre o protonacionales en algunos criollos amantes de su patria (el franciscano Buenaventura de Salinas y Córdova, Pedro de Peralta y Barnuevo, Pedro José Bravo de Lagunas y Castilla, Hipólito Unanue, entre otros), que además de amor y orgullo nativos revelaron sentirse distintos de los españoles peninsulares, sus ancestros. En la segunda mitad del siglo XVIII el proceso adquirió empuje al amparo de los postulados de la Ilustración, que llevaron a tener una mayor "conciencia de sí".

Por cierto, antes de que las elites "imaginaran" la Nación Peruana se había dado un proceso anónimo de creación colectiva que dio origen al "mundo peruano", distinto del español y del aborigen, y ya en sí mestizo cultural (espiritual). El

3 Cf. Espinoza Soriano, Waldemar: "El sistema de castas y el mestizaje cultural en el Virreinato del Perú", en Huertas Vallejos, Lorenzo; Espinoza Soriano, Waldemar; y Vega, Juan José: *Peruanidad e identidad* (Lima: Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle, 1997), p. 339.

4 Cf. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.

paso del tiempo y sus efectos (aumento demográfico, desarrollo social y económico, autosuficiencia política, etc.), y la influencia exterior, hicieron que las elites criollas evolucionaran hacia la construcción de una "comunidad imaginada" dotada, por el hecho mismo de serlo, de una personalidad colectiva propia⁵.

La herencia del Virreinato

Al comenzar el siglo XIX el Virreinato constituía una estructura sólida y vigorosa, aunque disminuida a raíz de las Reformas Borbónicas. El resurgimiento minero, el comercio interior y exterior, el sistema de intendencias, entre otros factores, avalaban dicha situación. Todo ello sirvió de respaldo material invaluable en los inminentes momentos de incertidumbre ocasionados por el continental aunque dubitativo deseo de independencia.

Virreinato y colonia principal durante dos y medio siglos, el Perú mostraba la huella española en todos los grados que puede dejar tan larga y profunda presencia en la vida y el paisaje de un país y su gente. Un somero inventario de esa vasta herencia no debe prescindir de los valores occidentales que ya eran parte indelible, aunque en diversa forma, de la vida peruana, como son los derechos humanos, la mentalidad racional, la lengua castellana y la escritura latina, la religión católica, las instituciones cívico-políticas, el sistema jurídico, etc. Si bien con la Independencia surgió el Derecho nacional peruano⁶, notables ejemplos de pervivencia virreinal durante la primera etapa republicana los hallamos en algunas de sus ramas más importantes: el Derecho Civil español continuó vigente hasta la aparición en 1852 de los Códigos Civil y de Enjuiciamientos en Materia Civil, aquel el primero en Hispanoamérica redactado por juristas nacionales, "exponente de progreso jurídico, de madurez legislativa y de ordenamiento nacional"⁷; las leyes sobre minas y aguas, y las ordenanzas militares y navales, perduraron hasta fines del siglo XIX o comienzos del XX⁸.

5 "De haber una nación [en la época de la Independencia] era una nación criolla", afirma el historiador británico John Lynch (cf. *Las revoluciones hispanoamericanas*, 1808-1826 [Barcelona: Ariel, 2001, 83 ed.], p. 30).

6 Cf. Ortiz Caballero, René: *Derecho y ruptura. A propósito del proceso emancipador en el Perú del Ochocientos* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1989), p. 90 y ss.

7 Cf. Basadre: *Historia...* cit., III, pp. 309 y 311. El derecho penal rigió hasta la promulgación en 1862 de los Códigos Penal y de Enjuiciamientos en Materia Penal, aunque siguió la fuerte influencia hispana; así, el Código de Comercio español fue adoptado con modificaciones en 1852 (cf. *ibíd.*, III, p. 316, y IV, p. 295).

8 Cf. *ibíd.*, I, p. 244. Véase también Ortiz Caballero: *Derecho y ruptura...* cit., p. 48 y ss.

Por cierto, el Virreinato también nos dejó una herencia ingrata: la considerada "natural" separación de criollos, mestizos y aborígenes. Como es sabido, el régimen colonial no favoreció un sistema integrador, españoles e indios constituyeron no solo repúblicas distintas sino inconexas, mundos paralelos a los que incluso se les prohibió mantener contacto. La separación, producto no solo de la ley sino, aún más, de la geografía y del sistema socioeconómico, continuó en la República dado que la Independencia no alteró mayormente la estructura social, ni podía hacerlo. Desde luego, sería erróneo pensar que todo fue división, alejamiento y antagonismo, pues la secular infracción de las normas y, sobre todo, el paso del tiempo, no obstante las reiteradas prohibiciones, hicieron posibles distintos grados y matices de integración social, convivencia e interrelación.

Desventajas del Perú al inicio de la República; las tareas de la República

El Perú independiente inició su trayectoria enfrentando una situación adversa por haber sido el baluarte de España en América del Sur y, como tal, enviado tropas represivas a los países próximos convertidos al fin y al cabo en Estados soberanos (Bolivia, Chile y Ecuador), donde se suscitaron sentimientos antiperuanos. Otras condiciones negativas fueron la debilidad inicial de la idea de patria, el desastre económico que trajeron tantos años de guerra, la desaparición de la burocracia colonial, la falta de un líder o caudillo nativo, la ausencia de una fuerza peruana autónoma⁹.

En cuanto a la nacionalidad, la Independencia no solo hizo posible sino forzosamente "imaginar" la Nación Peruana, y permitió contar con los medios de realizar la ardua y necesaria tarea de "construirla". Así, ya se habla de Nación Peruana en el primer principio de la Ley de Bases de la Constitución Política de la República Peruana (1822)¹⁰. En la totalidad de la vida peruana, la Independencia significa un caudal de metas y tareas que la República, novísima y avanzada forma de gobierno, debe cumplir. La proclama o bando en quechua y castellano que el flamante Congreso Constituyente dirigió en 1822 "a los indios de las provincias interiores", es un buen testimonio de cómo se deseaba un mundo mejor para todos y no solo para los criollos¹¹. Así, la República asumió el reto de "construir" en debida forma y a su aire la Nación Peruana; el ser autónoma no solo le dio la libertad de acción que requería sino le impuso la grave tarea de levantar el edificio nacional que cualquier Estado occidental se jactaba de representar.

9 Cf. Basadre: *Historia...* cit., 1, p. 269.

10 Cf. Denegri Luna, Félix; et al. (comps.): *Antología de la Independencia del Perú* (Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1972), p. 512.

11 Cf. *ibíd.*, lám. y p. 511.

En las siguientes líneas enfocaré solo algunas tareas y acciones –confío en no preterir las principales– de las múltiples que comprende la “construcción” de la Nación Peruana en el siglo XIX. Por lo mismo, ofreceré panoramas y apuntes generales así de lo humano como de lo espacial y lo temporal, única forma de desbrozar terreno tan vasto como accidentado.

La acción del Estado

Habida cuenta de la importancia de la acción del Estado en la formación de las naciones, me han de permitir trazar un ligero esbozo del desempeño del nuestro en el siglo XIX.

A los inéditos y hasta exóticos órganos de poder de la flamante República (presidencia y vicepresidencia, cámaras de senadores y diputados, consejo de Estado, etc.) se sumaron desde el primer momento no pocas instituciones democráticas muy estimadas por el liberalismo vigente así como el neonato Derecho nacional peruano, aunque todo ello con marcada debilidad dadas las precarias condiciones que dejara la Guerra de Independencia, la incómoda presencia de oficiales y soldados de otras nacionalidades americanas nuevas, la quiebra de la economía colonial, la falta clamorosa de personal competente, entre otros factores. No todo se improvisó, pero hubo mucho desorden, imprevisión, error y desconocimiento (un ejemplo pasmoso es la ignorancia por los gobernantes de 1829 de la Real Cédula que en 1802 dispuso el retorno de Quijos y Maynas al Virreinato limeño¹²). A lo largo del siglo, el Estado creció dando saltos y sufriendo caídas, y pasó de los tres ministerios del tiempo del Protector San Martín a los seis de la segunda administración Piérola. La escasa lista de empleados del régimen virreinal se convirtió en una nómina de varios cientos de individuos hacia el fin de la centuria. En efecto, el desarrollo de la civilización determinó que nuevas oficinas se agregaran a la administración, conforme se asumían tareas antes ni siquiera imaginadas, resultado del avance científico-técnico, de la modernización del país, de las nuevas necesidades de un Estado que requería ponerse a la altura de las circunstancias y proteger y servir el rico patrimonio humano y material de la nación. Aunque lo más eficaz es que se pasó del Estado Español, lógicamente interesado en sus propias metas, al Estado Peruano, patriota y nacionalista, obligado a velar por los intereses de todos los peruanos. Todo ello, sin embargo, no fue bastante para cambiar el rostro del país, sino solo en escasa medida. Es claro que un Estado fuerte y bien dirigido hubiera podido conducirlo por el camino anhelado, pero lo que predominó en el siglo XIX, no obstante algunos avances y logros, fue el “Estado empírico” que cen-

12 Cf. Denegri Luna, Félix: *Perú y Ecuador. Apuntes para la historia de una frontera* (Lima: Bolsa de Valores de Lima y Pontificia Universidad Católica del Perú [Instituto Riva-Agüero], 1996), p. 102.

sura Basadre. A pesar de tan medular dolencia, no es justo olvidar que el Estado Peruano fue capaz de realizar ciertas obras importantes y políticas de notoria utilidad. Si no hubiera sido así, no tendría el Perú los grandes ferrocarriles que hoy mismo trasponen sus elevadas montañas, ejemplo mayor de la ingeniería decimonónica, ni dispondríamos de libros esenciales para el conocimiento de nuestra historia y geografía, en dignas ediciones oficiales, ni existirían pujantes poblaciones en la selva, alentador resultado de la exploración y colonización que el Estado Peruano planificó, financió y dirigió en aquel tiempo.

Los símbolos

Dada la imperiosa necesidad de contar con elementos cargados de simbolismo que identificaran al nuevo Estado y representaran a la nación, muy tempranamente, entre 1821 y 1825, surgieron la bandera, el escudo y la escarapela, y se escribió también la marcha o canción nacional llamada después Himno Nacional¹³.

Sin duda, gozó la bandera de la representación suprema, fue el símbolo principal de la nación generalmente reconocido, objeto precioso honrado innúmeras veces con gran emoción; sus colores rojo y blanco adquirieron, desde el primer diseño, el carácter de peruanos, siendo constante su empleo como forma objetiva de adhesión a la patria¹⁴. Múltiples son los ejemplos. Ya en 1826, el teniente Manuel Aristizábal, condenado a ser fusilado por su rebeldía anticolombiana, "al despojarse de su casaca se vio que llevaba debajo de ella los colores del pabellón nacional, al que aludió con emocionadas palabras..." antes de ser ejecutado¹⁵. Y en 1846, la actriz Carmen Aguilar recitó en el Teatro Principal de Lima vestida con un elegante traje de lentejuelas y el cabello adornado con plumas rojas y blancas para representar a una india¹⁶. Ciertamente, son más conocidos los episodios bélicos en los que la bandera figuró como sagrado estandarte por cuya defensa y salvaguarda no pocos soldados dieron la vida. En el desastre de Ingavi se perdieron varias banderas y fue muy grande el dolor patrio que el hecho ocasionó, como se advierte en la oración fúnebre en memoria de Gamarra por el cura y vicario de Lurín Barto-

13 Cf. *Los símbolos de la Patria*. Investigación, recopilación, edición y prólogo por Gustavo Pons Muzzo. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1974.

14 Un claro ejemplo es la banda de seda bicolor empleada para premiar el patriotismo femenino en tiempos del Protectorado y, a poco, los notables servicios del propio San Martín, por el Congreso Constituyente (cf. Denegri Luna *et al.*: *Antología...* cit., pp. 419 y 456).

15 Cf. Basadre: *Historia...* cit., I, p. 187.

16 Cf. Witt, Heinrich: *Diario 1824-1890, Un testimonio personal sobre el Perú del siglo XIX* (Lima: Banco Mercantil, 1992 [i. e. 1993]), II [1843-1847], p. 275.

lomé Herrera (1842)¹⁷. No pocas veces el querido símbolo fue salvado de caer en manos enemigas; así, después de la batalla de Miraflores, el soldado Domingo Mandamiento, del batallón Zepita, llevó a su Huacho natal, cual reliquia preciosa, la bandera de su cuerpo¹⁸.

En espectáculos como las corridas de toros, las peleas de gallos, las carreras de caballos, o como noble cubierta de la caja que con su exquisito producto llevaban sobre la cabeza los bizcocheros de Lima hacia 1855¹⁹, o en lugar preferente de las embarcaciones empleadas en la exploración de los ríos amazónicos²⁰, la bandera peruana no podía faltar, revistiéndose de solemnidad casi religiosa los habituales actos de su izamiento en cuarteles y oficinas públicas, buques y guarniciones de frontera²¹. Quizá nunca la presencia del hermoso símbolo alcanzó relieves tan altos para significar no solo la soberanía, sino la libertad, la esperanza, el honor y la fe, como cuando fue izado en el Palacio de Gobierno al producirse la desocupación de Lima el 23 de octubre de 1883²².

Al escudo nacional, diseñado por José Gregorio Paredes, cabe otorgarle sin duda la segunda representatividad. Si sus motivos simbolizaran la mancomunidad de las tres regiones naturales del país²³, el conjunto sería una temprana manifestación de la voluntad cohesiva de las elites. En el frontis de los edificios públicos o

-
- 17 Cf. Herrera, Bartolomé: *Escritos y discursos* (Lima: Lib. Francesa Científica y Casa Editorial E. Rosay, F. y E. Rosay, 1929 y 1930), I, pp. 26-27,
 - 18 Cf. Bisso Sánchez, Alberto: "Una tradición oral: historia de un estandarte", en *Boletín de Lima* (Lima, mar. 1982), 4: 20, pp. 4-5.
 - 19 Cf. Bonnaffé, A. A.: "El bizcochero" (Lima, 1855), en *Recuerdos de Lima. Álbum. Tipos, trajes y costumbres* (París, 1856), vol. I, lám. 5.
 - 20 Ello ocurrió, por ejemplo, cuando por orden del gobierno el ingeniero suizo-alemán Arturo Wertheman recorrió en 1876 los ríos Perené y Tambo en unas balsas hechas de troncos, como se ve en uno de los grabados que ilustraron el mapa de la exploración (cf. Raimondi, Antonio: *El Perú* [Lima: Imp. del Estado, 1879], III [*Historia de la geografía del Perú*], mapa entre las pp. 538 y 539).
 - 21 Cf. foto de una en el río Napo saludando a la bandera, en *Actualidades* (Lima, 7 ene. 1905), 93, p. s. n.
 - 22 Cf. García Rosell, Ricardo: "La vuelta de la bandera", en *Prisma* (Lima, 16 ago. 1905), prospecto, pp. 7-8, cap. III de la "novela original" *Una mujer como hay muchas*. La vigencia de la bandera rojiblanca parece interrumpida solo en el Estado Sud-Peruano de la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839). No tuvo la misma importancia sino un objetivo amedrentador lo que Charles Darwin vio "...durante el Te Deum [del 28 de julio de 1835:] en lugar de presentar las tropas la bandera peruana, desplegaron una bandera negra que llevaba una calavera"; para explicar el hecho anecdótico, el académico P. Armando Nieto Vélez S. J. refiere que eran los días de la "guerra a muerte" decretada por Salaverry contra Santa Cruz (cf. *El Comercio* [Lima, 12 feb. 2006], suplt. *Dominical*, p. 3).
 - 23 Cf. Basadre: *Historia...* cit., 1, p. 264. Sin embargo, solo se le suele asignar un simbolismo económico.

coronando con sobria majestad estrados y tribunales, muchas veces el escudo nacional fue motivo inspirador de escultores, dibujantes, pintores, bordadores y otros artesanos. Apenas un ejemplo de su querida y simpática presencia es el espléndido escudo de plata cincelada que Isidro Rodríguez ejecutó²⁴ para la Corte Suprema en 1888.

Obra de José Bernardo Alcedo (música) y José de la Torre Ugarte (letra), armonizado en 1870 por el italiano Claudio Rebagliati, el bello Himno Nacional también se convirtió en una poderosa señal de patriotismo y fue entonado en muchas ocasiones de celebración y júbilo cívico, como aquella en la que el temido pongo de Manseriche, en el río Marañón, fue atravesado por primera vez por un vapor, el "Mayro", al mando del marino Manuel Melitón Carvajal (1869)²⁵.

También alcanzaron el carácter de símbolos peruanos la figura del sol, principal forma de representación del áureo pasado incaico²⁶, que en forma radiante exorna el anverso de la medalla de esta Academia Nacional de la Historia, la regia figura del inca²⁷, el cóndor²⁸, la vicuña o la llama, el árbol de la quina o cascarilla. En lo religioso y a la vez patriótico, la imagen de Santa Rosa tuvo no pocas veces el valor de símbolo nacional; en 1888 se exhibió en Lima una rica bandera peruana con la imagen de la virgen bordada en realce con hilo de oro, obra de Marcelo Yancur para la Sociedad Humanitaria "Hijos del 3er centenario de Santa Rosa"²⁹.

Sin duda, los peruanos del siglo XIX se identificaron con sus símbolos, sobre todo con la bandera, y una considerable parte de ellos hizo suyo el grito cívico "¡Viva el Perú!" que en 1822 el Congreso Constituyente decretó al inicio y al final de

24 Cf. *El Perú Ilustrado* (Lima, 2 jun. 1888) 56, p. 63.

25 Cf. Basadre: *Historia...* cit., VI, p. 237.

26 Presente en las primeras banderas y escudo, decretados por San Martín y Torre Tagle, así como en la aristocrática Orden del Sol establecida por el Protector (cf. Denegri Luna et al.: *Antología...* cit., pp. 404 y ss., y 487 y ss.; e Instituto Sanmartiniano del Perú: *La Orden del Sol del Perú. 1821-1825 · 1921-1971* [Lima: Talls. Gráficos P. L. Villanueva S. A., 1971]). En 1863 se denominó sol a la moneda nacional. En la frase "Renació el sol del Perú", añadida oficiosamente al escudo en algunas imágenes y textos, se contiene la idea del resurgimiento incaico gracias a la Independencia.

27 El patriota porteño Juan José Castelli fue uno de los primeros criollos que emplearon la iconografía incaica para lograr el apoyo indígena a la Independencia (cf. Sala i Vila, Núria: "De inca a indígena: cambio en la simbología del Sol a principios del siglo XIX", en *Allpanchis* [Cuzco, 1990], 35-36: 2, p. 64).

28 Ya habría figurado en la medalla que el Cabildo de Lima le otorgó al impresor Tadeo López en 1813 (cf. Palma, Ricardo: "Don Tadeo López, el condecorado", en *Tradiciones peruanas completas* [Madrid: Aguilar, 1964, 511 ed.], p. 885).

29 Yancur, a quien se llama "peruano" quizá para significar su sangre aborigen, era dueño de un taller de bordaduría en la calle de Boza N° 349 (cf. *El Perú Ilustrado* [Lima, 2 jun. 1888], 56, p. 63).

todo acto público en los tribunales, en las distribuciones del ejército, paradas y ejercicios doctrinales, y también en el teatro y otras diversiones públicas³⁰. Durante mucho tiempo los serenos de Lima dieron las horas nocturnas con un pregón que combinaba bien sus dos devociones supremas, la religiosa y la patriótica: “¡Ave María Purísima! ¡Las [diez] han dado! ¡Viva el Perú, y sereno!”³¹.

La educación

El poco tiempo que tengo no me permite tratar de la educación en los términos que su importancia solicita.

Solo diré que la educación impartida en los planteles del Estado, así como en las instituciones particulares, se convirtió en una forma efectiva de nacionalizar al pueblo. Por cierto, ello tuvo alcances limitados porque el Estado nunca dispuso de los medios humanos y materiales suficientes. Más aún, grandes sectores de la población campesina quedaron al margen del proceso, víctimas no solo de aquellas limitaciones sino de su aislamiento geográfico y de la incomunicación lingüística. Otra fue la situación en la costa, donde amplios estratos populares disfrutaban de la alfabetización³².

Los desastres del 79 llevaron a algunos educadores a valerse de la Historia del Perú para afrontar las durezas de la postguerra —el desaliento y la pobreza— mediante la representación de sus hechos memorables. Así, en el limeño Convictorio Peruano, en la fecha patriótica del 29 de julio de 1885, se representó al Inca Pachacútec, se escenificó la apoteosis del magistrado puneño doctor Manuel del Pino, muerto en Miraflores, y del héroe Miguel Grau, y el drama de Carlos Augusto Salaverry “El pueblo y el tirano”, se declamaron poesías alusivas, etc.³³. Ciertamente, en el Convictorio Peruano se construía la nación.

El territorio, la naturaleza y las comunicaciones

El territorio del Perú al inicio del siglo XIX, lo mismo que al convertirse en República, era casi totalmente desconocido por la ciencia geográfica moderna. La

30 Cf. Ugarte Chamorro, Guillermo: “¡Viva el Perú! en los teatros peruanos”, en *El Comercio* (Lima, 31 dic. 1978), p. 2.

31 Cf. Palma: *Tradiciones peruanas completas* cit., p. 960.

32 La lectura extendida de periódicos, como *El Comercio*, por el pueblo de Lima, fue advertida en 1847 por el chileno Pedro Félix Vicuña (cf. Basadre: *Historia...* cit., II, p. 421).

33 Cf. *El Comercio* (Lima, 31 jul. 1885), 15564, p. 2, col. 3, seco “Crónica”.

ignorancia era mayor en relación a las extensas regiones amazónicas. Esa orfandad se reflejaba en la carencia de mapas, vale decir en la ausencia de un rostro cartográfico, elemento principal de todo imaginario nacional. En verdad, a los fundadores de la República "les faltó tener una conciencia plena del Perú en el espacio y en el tiempo": solo en 1829 quedaron estabilizados los límites en el norte, y en 1842 los del sur, y solo en 1851 se firmó un tratado incompleto con el Brasil, quedando sin deslinde definitivo hasta el siglo XX el resto de esa frontera y totalmente sin demarcación las de Colombia, Ecuador y Bolivia³⁴. Entre los muchos presidentes y caudillos, quizá solo Gamarra y Castilla tuvieron en mente restaurar la antigua grandeza territorial del Perú.

No es acertado pensar que el Perú sufriera en el siglo XIX numerosas y arbitrarias cercenaciones de su territorio. Solo Guayaquil y Tarapacá, bajo circunstancias adversas de sino militar que no pudieron ser conjuradas, se perdieron en forma contractual, mientras una parte de la Amazonía era entregada al vecino imperio a fin de lograr la ansiada navegación libre por el río que da nombre a esa casi incommensurable región americana. La provincia de Quijos se descuidó y resultó imposible detener el lento pero continuo avance ecuatoriano sobre un espacio muy alejado del control central.

Las pérdidas territoriales del Perú pudieron ser mucho mayores debido a su desventajosa situación durante la etapa final del proceso emancipador y los primeros lustros republicanos. Como tantas veces ocurriera en la Historia Universal, los países de la periferia, envalentonados por sus triunfos, se volvieron contra el centro al verlo aislado y débil.

Desde el inicio de la República los peruanos enfrentaron la amenaza de las tendencias anexionistas de la Gran Colombia (en realidad, se trató de una emergente rivalidad nacionalista), del Ecuador y, sobre todo, de Bolivia (verdadero peligro sobre la región de Tacna y Arica). Las elites de los departamentos del sur, tentadas repetidas veces por los agentes de La Paz y Chuquisaca, no cedieron a sus promesas, inclinándose mayoritariamente por respetar la unidad territorial peruana, señal de cómo los Incas y sobre todo los españoles nos habían dejado en herencia un espacio en cierta medida cohesionado. El Perú superó ese peligro, mientras los otros virreinos de Sudamérica, por el contrario, quedaban definitivamente parcelados: el de Buenos Aires dio lugar a la República Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia; y el de Santa Fe de Bogotá, convertido por pocos años en la bolivariana Gran Colombia, a Colombia, Ecuador y Venezuela. A propósito, no se produjo ninguna exitosa fusión de Estados en Hispanoamérica después de 1830³⁵.

34 Cf. Basadre: *Historia...* cit., 1, p. 243.

35 Cf. *ibíd.*, II, p. 188.

Aún tuvo el Perú que conjurar otro grave peligro: la existencia de dos partes, casi se podría decir dos Perús, el del norte y el del sur, que en los primeros lustros de vida autónoma no solo se sintieron distantes sino rivales. Los fieros ataques de doña Francisca Zubiaga de Gamarra, la Mariscala, a las limeñas de clase alta, revelan profundas escisiones humanas originadas en ese sustento geográfico. El riesgo fue superlativo durante la felizmente efímera existencia de los Estados Nor y Sur Peruanos, cuando la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839). Por todo ello, logro mayor de los peruanos del siglo XIX, en cuanto al territorio, vistos los muchos peligros superados y las debilidades geopolíticas (gran extensión, poca población y escasa comunicación), fue la salvaguarda y cohesión de la mayor parte del espacio heredado de sus mayores, el afianzamiento de la unidad política de tan diverso como desconocido país.

Otro peligro conjurado fueron las pretensiones norteamericana, francesa e inglesa a las guaneras islas de Lobos, cuya soberanía el Perú logró que se le reconociera en 1852-1853³⁶.

La defensa popular del territorio se dio en muchas ocasiones y desde muy temprano. Así, en la guerra contra la invasión boliviana de 1841-1842 fue ejemplar la conducta de la población de Motoni, en Puno. La defensa de la patria alcanzó su más alta cima en la Guerra del Pacífico, cuando se peleó hasta agotar todos los recursos para conservar intacta la heredad nacional, razón de la prolongación del conflicto.

Las expediciones exploratorias organizadas por el Estado y los particulares, sin olvidar a los misioneros católicos, dieron buen fruto en la segunda mitad del siglo, sobre todo en el último tercio, logrando notables avances en el conocimiento del curso de los ríos y de la realidad de los pueblos amazónicos. Mariano Eduardo de Rivero y Ustáriz, Faustino Maldonado, José Benigno Samanez Ocampo, Fermín Fitzcarrald, Pablo Bermúdez, Pedro Portillo, Joaquín Capelo, los franciscanos Manuel Plaza y Gabriel Sala, entre muchos otros, trabajaron en proyectos que ensancharon los horizontes de la patria (nuevas poblaciones, caminos, rutas fluviales, actividad colonizadora en general, especulaciones mercantiles, extracción cauchera, etc.), de suerte que resulta justificado hablar de "la conquista republicana de la selva". En efecto, desde los años 1840 el Estado se preocupó por peruanizar nuestra selva, lo que logró mediante la compra de barcos para surcar el Amazonas y otros ríos importantes, la construcción del apostadero, el dique y la factoría naval de Iquitos, el surgimiento de esta ciudad y su elevación en 1897 al rango de capital del

36 Cf. *ibíd.*, III, p. 340.

departamento de Loreto, creado en 1866³⁷, etc. Para ejecutar la esencial tarea de construir ferrocarriles, muelles, caminos, puentes, irrigaciones, obras de saneamiento, etc., en 1860 se estableció la Dirección de Obras Públicas³⁸; el Ministerio de Gobierno y Obras Públicas surgió en 1873, con direcciones de Obras Públicas y Estadística, esta última dividida en Estadística de la Población, Territorial y del Estado, superior a cuanto se había hecho³⁹; y en 1896 fue creado el constructor Ministerio de Fomento. Sin embargo, es evidente que se debió hacer mucho más para acortar las enormes distancias creadas por la agreste geografía nuestra y superar la incomunicación, el atraso y la pobreza. El establecimiento de nuevos departamentos (Amazonas, Huaylas o Ancash, Piura, Moquegua, Cajamarca, Loreto, Ica, Huánuco, Apurímac, Lambayeque y Tacna), provincias y distritos, con todo lo anejo a esa situación (autoridades, oficinas públicas, presupuesto, etc.), apuntó a estimular el progreso de los pueblos del "interior"⁴⁰.

Al igual que en las centurias precedentes, la base física del Perú, su suelo y sus productos, originaron orgullo y admiración, esencial alimento de la nacionalidad. Se exportaron sus proverbiales riquezas naturales –la plata, la quina o cascarilla, las lanas, el guano, el salitre, el caucho y el petróleo⁴¹– a casi todo el mundo y no solo a España, como durante casi tres siglos había ocurrido. Hombres como Mateo y Mariano Felipe Paz Soldán, Antonio Raimondi y otros menos conocidos (como los autores de libros de texto, a quienes muy bien representa Máximo M. Vásquez), escribieron sendos volúmenes de conocimiento geográfico moderno y actual. Los magníficos mapas generales de Mariano Felipe Paz Soldán y Raimondi, le dieron al Perú, finalmente, el rostro cartográfico que necesitaba. Desde 1891, la Sociedad Geográfica de Lima, surgida tres años antes por decreto de Cáceres y el Ministro Alberto Elmore en la esfera del Ministerio de Relaciones Exteriores, se encargó en forma de esas y otras tareas capitales; institución rectora en el estudio físico y

37 Cf. *ibíd.*, IV, p. 235; V, pp. 192 y ss.; VI, p. 235; y X, pp. 310 y ss. Hoy se reputa fundamental la acción del Estado en la incorporación del territorio de Loreto a la vida peruana, y se descarta la falsa versión del poco interés en la región (cf. Santos Granero, Fernando; y Barclay Rey de Castro, Frederica: *La frontera domesticada. Historia económica y social de Loreto, 1850-2000* [Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002], pp. 30 y ss.).

38 Su primer jefe fue el infatigable Mariano Felipe Paz Soldán, encargado también de supervisar las labores de los ingenieros del Estado (cf. Basadre: *Historia...* cit., IV, pp. 311-12).

39 Cf. *ibíd.*, VII, p. 82.

40 Cf. *ibíd.*, II, pp. 258-60.

41 Cf. *ibíd.*, VII, p. 314; IX, p. 183; y X, pp. 310 y ss.

42 Cf. *ibíd.*, X, pp. 71-72 y 273; y López-Ocón Cabrera, Leoncio: "El nacionalismo y los orígenes de la Sociedad Geográfica de Lima", en Cueto, Marcos (ed.): *Saberes Andinos. Ciencia y tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1995), pp. 109-25. Su activo primer presidente fue el médico y periodista Luis Carranza.

económico del Perú, su valioso Boletín da cuenta de la amplitud de sus proyecciones⁴². Al finalizar el siglo, el Perú distaba mucho de ser el espacio vasto y en buena parte ignoto que había sido durante el Virreinato, y estaba ampliamente difundida su didáctica aunque no exacta división geográfica en costa, sierra y montaña. Tan importante fue para las elites del Perú decimonónico el conocimiento del país y el afianzamiento de su unidad política, que en 1861 la Municipalidad de Lima acordó dar nuevas denominaciones a los viejos jirones de la ciudad, empleándose los nombres de los departamentos, las provincias y los ríos; así, topónimos como Apurímac, Moquegua, Paruro, Pachitea o Huallaga, resultaron oficialmente sembrados en el “damero de Pizarro” en virtud de una disposición de notoria finalidad nacionalista que no dejó de ser rechazada por algunos⁴³.

Contribuyeron a “construir” la nación, en tanto facilitaron su integración física, no pocos inventos de la tecnología occidental, sobre todo la máquina de vapor, que revolucionó el transporte marítimo y terrestre. La era de los ferrocarriles en la Historia del Perú empezó en 1851 con la línea Lima-Callao, pero fue en los años 1870 que reconoció sus más grandes logros: el inicio de los grandes caminos de fierro del Centro (Lima-La Oroya) y del Sur (Mollendo-Arequipa-Puno)⁴⁴. La presencia de extranjeros emprendedores, como el financista y constructor norteamericano Henry Meiggs y el ingeniero polaco Ernesto Malinowski, fue un factor determinante. No menos significativo para la integración del Perú fue el telégrafo, introducido en 1857, y más tarde, para las relaciones con todo el mundo, el cable submarino (desde 1875); casi al final del siglo llegó el teléfono. El correo, por cuya organización tanto hizo José Dávila Condemarin, modelo de eficaz funcionario público, cumplió su capital función.

La población y la sociedad

El paso del tiempo, que no transcurre en vano, nos ha enseñado a los peruanos que no puede haber una nación si sus habitantes no se reconocen solidarios y comprometidos con la tarea de encarar juntos el diario vivir. ¿Cuánto avance reconoció la integración social en el siglo XIX? Permítaseme presentar algunas apostillas.

Al despuntar el siglo, el Perú no tenía más de 1'200,000 habitantes; al finalizar, la población ascendía a cerca de 3'700,000. Los guarismos sugieren que, a pesar de

43 Cf. Ramón Joffré, Gabriel: *La muralla y los callejones. Intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX* (Lima: Seminario Interdisciplinario de Estudios Andinos [SIDEA] y Comisión de Promoción del Perú [PromPerú], 1999), pp. 98 y ss.

44 Cf. Basadre: *Historia...* cit., VI, pp. 166 y ss.

los contrastes político-sociales y de la accidentada salubridad pública, el Perú logró un importante crecimiento demográfico, muy superior al de la centuria anterior⁴⁵.

Producto de la Independencia no fue un cambio automático en la estructura de la sociedad, cosa que no podía ocurrir, pero sí uno a largo plazo pues se estableció el capital principio de la igualdad ante la ley, base de toda transformación. Es verdad que la condición servil de los negros y de los indios no varió mayormente, pero también que casi desapareció la aristocracia y entró triunfalmente el militarismo. Solo al iniciarse la segunda mitad del siglo se constituyó una escasa clase social empresarial y capitalista, cuando el guano y los ferrocarriles se concebían claves para afrontar con optimismo el futuro. La Guerra liquidó a muchos de sus integrantes, y más aún a sus capitales e inversiones, pero no pudo abatir del todo el espíritu de empresa, que luego de unos años de limitaciones mil resurgió en el último lustro del siglo con vigor inusitado. También se produjo la aparición de una precaria clase media en las principales ciudades. Hacia el final de la centuria se hizo notar con sus justos reclamos un nuevo actor social: el obrero industrial.

Temprana y liberal fue la preocupación por la suerte del indígena. Las Cortes de Cádiz y, a poco, el Protector San Martín, lo eximieron del tributo, que más tarde y en mala hora renació bajo otro nombre, siendo oficial aunque no plenamente abolido en 1854⁴⁶.

En términos generales, cabe decir que el siglo XIX fue poco sensible ante sus padecimientos. Las sublevaciones de Huancané (1866-1867), el Callejón de Huaylas (1885), Chucuito y Zepita (1895) y Huanta (1896), esta última contra el estanco de la sal, entre otras, dan cuenta de un estado social que afectaba gravemente la vida de muchos aborígenes⁴⁷. Sin embargo, algunos demógrafos e historiadores sostienen que los indios peruanos no gozaron de más libertad en mucho tiempo que en buena parte del siglo XIX⁴⁸. El tema requiere mayores precisiones y no está cerrado al análisis.

En relación a la población negra, hoy sabemos con detalle que muchos esclavos alcanzaron la libertad incluso antes de la formal abolición (1854), pero también que, en general, su ascenso social estuvo muy limitado principalmente por los prejuicios raciales y las trabas mentales.

45 El censo de 1876 reveló 2'705,000 habitantes (cf. *ibíd.*, VII, p. 85).

46 En efecto, más tarde y en diferentes momentos se cobraron ciertos impuestos personales a los indios que resucitaron o hicieron recordar el repudiado tributo.

47 Cf. Basadre: *Historia...* cit., IX p. 35; y X, p. 305.

48 George Kubler y Paul Gootenberg (cf. Gootenberg, Paul: *Población y etnicidad en el Perú republicano (siglo XIX). Algunas revisiones* [Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1995], pp. 33, 38-39 y 44-45).

En el siglo XIX se incorporaron a la vida peruana los chinos, desde 1849, y los japoneses, desde 1899. Su presencia aportó nuevos y valiosos elementos sociales y culturales.

Al inicio de la República los peruanos distaban mucho de la cohesión mental que sustenta el edificio de una nación moderna, aunque la Independencia los había unido ocasionalmente con un objetivo político en contra de un enemigo común. La Nación Peruana teórica comprendía a todos (véase los artículos constitucionales ad hoc), la real solo a los criollos, indios, negros y mestizos conscientes de la nueva situación y dispuestos a apoyarla, una pequeña aunque influyente minoría. Los más graves obstáculos que encaró la “construcción” de la Nación Peruana fueron la notable variedad racial y la prolongada vigencia de los prejuicios raciales heredados del Virreinato, como lo prueba la persistencia de la curiosa nomenclatura de las “castas” en buena parte del siglo XIX, y después el largo imperio del choleo. Puede advertirse la fortaleza de tan infortunado criterio en las sátiras que Felipe Pardo y Aliaga dirigió a los bolivianos y a Andrés de Santa Cruz, a los serranos en general, y a sus costumbres, la cancha y la coca, desde su condición de costeño, lanzando al creador de la Confederación el calificativo de “cholo jetón”⁴⁹. Los negros tampoco recibían el aprecio de las elites, lo que queda en evidencia por el empleo de su particular forma de hablar para atacar por la prensa a los enemigos, sean o no políticos, por ejemplo a la Mariscal⁵⁰.

No obstante imperar tan arraigados prejuicios, las relaciones entre las distintas razas fueron más intensas que nunca⁵¹, sin faltar algunos enfrentamientos y rivalidades muy graves (negros-chinos). La limeña excursión a la pampa de Amancaes por la fiesta de San Juan (24 de junio) es prueba de la secular convivencia multiétnica llena de colorido y vitalidad. Se justifica proponer que se produjo un aumento de] mestizaje por la relativa quiebra de los diques morales construidos durante el Virreinato, junto al surgimiento de un espíritu indisciplinado frente al trabajo y la subordinación⁵². También el militarismo permitió la convivencia interracial —en el Virreinato los cuerpos de tropa se habían formado según la raza. El paso del tiempo

49 Cf. Basadre: *Historia...* cit., II, pp. 116-19. Pardo y Aliaga también satirizó a la madre indígena del caudillo altoperuano (cf. Pardo y Aliaga, Felipe: *Poesías de don...* Introducción, edición y notas por Luis Monguió [Berkeley: University of California Press, 1973], pp. 379-83).

50 Cf. Basadre: *Historia...* cit., II, pp. 39-40.

51 Para los antecedentes coloniales véase Cosamalón Aguilar, Jesús A.: *Indios detrás de la muralla. Matrimonios indígenas y convivencia inter-racial en Santa Ana (Lima, 1795-1820)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999.

52 El historiador M. Nemesio Vargas ofrece un cuadro muy penoso de la situación económico-social en tiempos de las facciones caudillistas (cf. *Historia del Perú independiente* [Lima: Imp. “Artística”, 1914], VI, pp. 62 y ss.).

con la diversidad genética que resultó hizo imposible conservar la vieja costumbre de crear sustantivos originales para las cada vez más variadas mezclas raciales, surgiendo en ese contexto la extendida frase “el que no tiene de *inga*, tiene de *mandinga*”. El empleo de expresión tan realista fue un avance porque implicó reconocer la diversidad racial y, por ende, la gran extensión del mestizaje biológico, aunque no necesariamente desterrar el racismo de matriz europea. El comediógrafo Manuel Ascensio Segura, en “Un juguete” (1858), presenta el animado diálogo de Doña Matea, que se jacta de no tener “ni de *inga*, ni de *mandinga*”, y su esposo Don Ciriaco, quien le espeta estos conceptos:

CALLA, MATEA, POR DIOS,
NO HABLES MÁS DE ESO, QUE CANSAS.
QUIEN TE OIGA NO PODRÁ MENOS
QUE ECHARSE A REÍR EN TUS BARBAS.
¡HABLAR AQUÍ DE NOBLEZA
DONDE EXISTEN TANTAS RAZAS!
MIRA, SI ALZAMOS LAS LOSAS
DE AQUELLOS QUE EN PAZ DESCANSAN,
DONDE NO SE ENCUENTRAN [SIC] CERDAS
SE HALLARÁN, SIN DUDA, PASAS⁵³.

Por cierto, era lo indígena o andino un elemento del que no se debía prescindir al imaginar la Nación Peruana, pues le daba al Perú una personalidad intransferible, le aportaba un elemento clave a su identidad. La resistencia de las elites costeñas a reconocerlo y aceptarlo radicaba en factores geográficos (el poco o nulo contacto con la realidad andina), culturales (la poderosa atracción que ejercía lo europeo) y, sobre todo, mentales, con profunda base social (la penosa situación de los indios potenciaba su condición de extraños, ajenos, distantes...). Bien se ha dicho que los incas eran aceptados, pero no los indios⁵⁴. En la última parte del siglo, Clorinda Matto de Turner, en su novela *Aves sin nido* (1889), marcó una cumbre en el renovado indigenismo de su tiempo, hallando sustento no solo en los inveterados abusos que los campesinos sufrían sino en la valiente conducta de no pocos combatientes andinos en la Guerra del Pacífico. En efecto, en la postguerra, cierto sector de la elite manifestó otra actitud hacia esos peruanos; entonces se produjo la entrevista del

53 Cf. Segura, Manuel Ascensio: *Artículos, poesías y comedias* (Lima: Carlos Prince, 1885), p. 256; las cursivas son originales. Willy Pinto Gamboa cita los versos como si fueran de “La moza mala” (cf. “Escena cotidiana. El precio de la formalidad”, en *Expreso* [Lima, 15 jul. 1985], y con Manuel Velázquez Rojas: *50 entre 2* [Lima: Ediciones Perú Joven, 1986], p. 76).

54 Cf. Méndez, Cecilia: *Incas sí, indios no: apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú*. Lima: Consorcio de Investigación Económica e Instituto de Estudios Peruanos, 1995. 2a ed.

general Andrés A. Cáceres, presidente electo, y el jefe de las comunidades de indios de Huaraz Pedro Pablo Atusparia (1886)⁵⁵.

Así, prejuicios de toda laya, separación física y embeleso foráneo determinaron, entre otros factores, que la personalidad mestiza del Perú no mereciera especial desarrollo intelectual en el siglo XIX. Graves limitaciones ideológicas sustentaron esa falta de lucidez: el rechazo de España y lo español, y el desprecio de lo andino y los indios. Aquel, herencia de la lucha emancipadora, era atizado por la leyenda negra antihispana que el liberalismo anglosajón difundía; el desprecio de lo "serrano" reconocía raíces más profundas pero se apoyaba en un hecho objetivo ya mencionado: la triste condición de los campesinos. Bartolomé Herrera fue tal vez el primero que cuestionó la negación del aporte español a la vida peruana, pero no avanzó mucho en la esencial valoración de lo indígena ni del mestizaje. Luis Benjamín Cisneros apuntó un precursor testimonio, desapercibido por la crítica, en su novela *Edgardo o un joven de mi generación* (1864): que con la Independencia apareció "una nacionalidad moderna, engendrada por los elementos simpáticos de dos razas llenas de bellas cualidades y de nobles tradiciones"⁵⁶. Quizá fue Cisneros el primer intelectual peruano que tomó conciencia de la personalidad mestiza del Perú⁵⁷.

Lamentablemente, el positivismo impuso sus pseudo científicos dictados racistas, según los cuales los indios, los negros, los chinos y los mestizos poco o nada podían contribuir al progreso del país⁵⁸. Sin embargo, no todos compartieron ese postulado. Talento original en la postguerra signada por la pobreza fue el del tacneño Carlos Wiesse (1859–1945), joven catedrático de la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, que en el discurso inaugural del año académico de 1886 se expresó opuesto al dominante y fatalista determinismo (darwinismo) racial,

55 La crónica de la entrevista se publicó en *El Perú* (Lima) del 1º jun. 1886, de donde, titulándola "El Sr. Gral. Cáceres y Atusparia", la tomó *El Sol* (Lima), 9 jun. 1886, 2, pp. 11-12.

56 Cf. Holguín Callo, Oswaldo: "Conciencia de la historia y romanticismo literario en el Perú", en Guerra Martinieri, Margarita; Holguín Callo, Oswaldo; y Gutiérrez Muñoz, César (eds.): *Sobre el Perú. Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002), 1, p. 662.

57 Mariano Pagador en su *Floresta española americana...* (1872) defendió al indio y al mestizo (cf. Basadre: *Historia...* cit., VI, p. 278).

58 La historiografía ha convertido en portaestandarte de esa escuela a Clemente Palma por "El porvenir de las razas en el Perú" (1897), su tesis de bachiller en Letras por la Universidad de San Marcos; sin embargo, no ha reparado lo suficiente en su concepción mestiza del criollo, a quien consideraba valioso y rescatable (cf. López Maguñá, Santiago: "Racialismo e identidad (Palma, González Prada, Mariátegui)", en *Lienzo* [Lima, ago. 1996], 17, p. 302).

esbozando una interpretación providencialista e integradora del Perú⁵⁹. En efecto, cuando algunos pensaban que la derrota se había debido a la pluriétnicidad y a que el indio no sabía qué era la nación, Wiese planteó que la diversidad étnica era esperanza de renovación, que el determinismo había sido acogido por quienes tenían interés en mantener a ciertas clases en situación de inferioridad; rechazó que hubiera razas de naturaleza superior, pues cada una desempeñaba “un papel importante en la marcha de la civilización, conforme a su carácter especial”; pensaba que las razas cambiaban y daban lugar a pueblos nuevos, que la diversidad dispuesta por Dios no iba a desaparecer, pues ello favorecía el progreso; creía que el papel de los incas fue preparar lo que podría formar una nación, y que la dominación española fue de inmensa ventaja “para la constitución de la verdadera nacionalidad”, concluyendo que “la nacionalidad peruana, formada con los elementos materiales adquiridos por los Incas y los de progreso cristiano introducido por los españoles, posee en la actualidad medios propicios para su completo desarrollo”⁶⁰. Wiese pensaba que el principal problema del Perú era “el de la unidad de la raza”, y por ello proponía como solución esencial y base de la nacionalidad propender a ella mediante la inmigración extranjera que estableciera cierta igualdad numérica entre blancos e indios y aumentara la escasa población, así como elevar el nivel intelectual del indígena a la altura que debe tener en una sociedad libre. Wiese no planteó en forma concreta el reconocimiento del mestizaje y su trascendencia en la vida peruana, ni advirtió explícitamente el carácter mestizo de nuestra cultura, pero reveló simpatía por la “raza mixta” y su “tenacidad para llevar a cabo sus propósitos”⁶¹.

Lo cierto es que la naturaleza mestiza del hombre y la cultura del continente fue descubierta y aceptada con lentitud por los grupos pensantes de los países involucrados, aunque hubo algunos precursores: Vicente Riva Palacio, en México; José María Samper, en Colombia; y en el Ecuador Juan Montalvo⁶². Entre nosotros, el

59 Cf. “Discurso pronunciado por el catedrático de la Facultad de Letras, Dr. D. Carlos Wiese, en la ceremonia de apertura del año escolar de 1886”, en *Anales Universitarios del Perú* (Lima, 1888), 14, pp. 205-17; y Demélas, Marie-Danielle: *La invención política. Bolivia, Ecuador, Perú en el siglo XIX* (Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos e Instituto de Estudios Peruanos, 2003), p. 387. La disertación no se publicó bajo un título particular, pero Guillermo Alejandro Seoane, Secretario de la Universidad, la consideró un “discurso sobre la perfectibilidad de las diferentes razas humanas y el resultado natural de su coexistencia en el seno de una Nación...” (cf. *Anales Universitarios del Perú* cit. *supra*, pp. 203-04). Guarda relación el artículo de García Jordán, Pilar: “Reflexiones sobre el darwinismo social. Inmigración y colonización, mitos de los grupos modernizadores peruanos (1821-1919)”, en *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* (Lima, 1992), 21, pp. 961-75.

60 Cf. Wiese: “Discurso pronunciado...” cit., pp. 207-13 y 215.

61 Cf. *ibíd.*, pp. 215-16.

62 Se ocupa de las ideas raciales igualitaristas y en pro del mestizaje de Montalvo, Falconí Piedra, Gabriela: “La nación desde la literatura: Manuel González Prada y Juan Montalvo”, en *Tradición* (Lima, dic. 2004), 43 época, 4, p. 93.

mestizaje sería aceptado sin cortapisas bastante avanzado el siglo XX (en México ocurrió antes y dio excelentes frutos); implicaría reconocer el valor de los indios y su cultura, de los negros y la suya, y, como consecuencia, asignarles un lugar propio y legítimo en la peruanidad.

La historia, los héroes y el calendario cívico

Elemento principal en el perfil de una nación es poseer una gran historia –propia, fundacional, legendaria, mágica– que genere un espíritu colectivo, y lograr por ese medio que el pueblo se sienta orgulloso de su pasado e identificado con sus raíces. ¿Qué papel cumplió la historia en la formación de la Nación Peruana?, ¿generó el orgullo adecuado?, ¿la identificación con el pasado?, ¿el sentimiento de pertenencia colectiva y de continuidad en el tiempo?

En la primera mitad del siglo poco era lo que se sabía del pasado peruano; casi no se investigó ni publicó, y el conocimiento histórico heredado del Virreinato era escaso y antiguo (los cronistas de la Conquista y de convento, *Los Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega, los artículos *ad hoc* del *Mercurio Peruano* y algo más)⁶³. Fue en la segunda mitad que se dio un progreso notable gracias a Rivero y Ustáriz, Lorente, Mendiburu y Paz Soldán, entre los principales, Odriozola, Pagador, Palma, Lavalle, Ribeyro, Valdivia, Polo, Torres Saldamando, González de la Rosa, Ulloa, Aranda y Prado, entre los secundarios. Tanta importancia alcanzó el conocimiento del pasado del Perú que hasta circuló una excelente revista histórica, la *Revista Peruana*, fundada por M. F. Paz Soldán (1879–1880), y se creó en San Marcos la cátedra de Historia del Derecho Peruano, en 1875, a cargo de Román Alzamora⁶⁴. Mención particular merecen los autores de los muy reeditados libros de texto, desde el chileno afincado en el Perú Manuel Bilbao (1856), posiblemente el primero, hasta, entre 1873–1876 y años siguientes, Enrique Benites, Agustín de la Rosa Toro, Manuel Marcos Salazar y Carlos Wiese, entre otros.

Sin embargo de tales logros, es obvio que la difusión de la Historia del Perú reconoció muchas limitaciones entre la numerosa población no hispanohablante, y aún en forma más extendida, por el crucial problema del predominante analfabetismo.

63. Cf. Holguín Callo: “Conciencia de la historia...” cit., p. 654. Sobre el papel de la historia en el siglo XIX peruano, véase Dager Alva, Joseph: “La construcción de la memoria: historia nacional y proyecto burgués en el Perú del siglo XIX”, en Mc Evoy, Carmen (ed.): *La experiencia burguesa en el Perú (1840-1940)* (Frankfurt y Madrid: Vervuert e Iberoamericana, 2004), pp. 345-90, sobre todo pp. 384 y ss.

64. Cf. Basadre: *Historia...* cit., VII, p. 203.

¿Qué papel jugaron los héroes en el imaginario de la Nación Peruana? Uno muy importante, dado el reinado del individualismo romántico y, más tarde, positivista. Desde muy temprano el Perú dispuso de esas figuras paradigmáticas. La Independencia brindó las efigies de los grandes capitanes, como San Martín y Bolívar, así como de los humildes hijos del pueblo: José Olaya (también retratado por José Gil de Castro) y María Parado de Bellido, considerados mártires de la libertad al igual que el poeta arequipeño Mariano Melgar. Más tarde, se sumaron el marino Martín Jorge Guisse, el general Felipe Santiago Salaverry y sus compañeros, reputados víctimas de Santa Cruz, José Gálvez Egúsquiza, el héroe del Dos de Mayo, y, a raíz de la Guerra del Pacífico, los grandes defensores de la patria: Miguel Grau, cuyo monumento en el Callao fue inaugurado en 1897⁶⁵, Francisco Bolognesi, Alfonso Ugarte, Leoncio Prado, entre los principales. Daniel Alcides Carrión, en la postguerra, con su sacrificio por la ciencia se unió al cuadro de los mártires civiles.

Desde el inicio de la República, un calendario cívico vino a recordar los grandes actos fundacionales del nuevo régimen. El 28 de julio (la proclamación de la Independencia), el 6 de agosto (la batalla de Junín) y el 9 de diciembre (la de Ayacucho), convocaban a gran parte de la ciudadanía para celebrar la victoria de la patria sobre España y el logro de la soberanía nacional; más tarde, por algún tiempo se festejó el aniversario de Yungay (20 de enero); celebración extendida alcanzó el combate del Callao (2 de mayo), sin duda el mayor triunfo nacional en el campo de batalla, reafirmación del más grande bien político-social ganado por la Independencia: la autonomía⁶⁶. Después, las grandes fechas de la Guerra del Pacífico, aunque recordaban derrotas, fueron siempre ocasión de agradecer a los defensores caídos, a los héroes de la patria invadida, cuyo sacrificio se tuvo como la mayor honra de la nación. El Perú había perdido la guerra, pero había luchado con honor.

La literatura, la pintura y la música

Sin duda, la literatura desempeñó una función relevante en la construcción de las naciones a lo largo del siglo XIX. Siglo literario por excelencia, fue decisivo el papel que a los escritores les tocó representar. No menos importante fue el arte, sobre todo la pintura, y la música, pero la tiranía del tiempo no me permite tratarlos en esta oportunidad.

65 Cf. *ibíd*, X, pp. 255 y ss.

66 Cf. Martínez Rianza, Ascensión: "El Dos de Mayo de 1866. Lecturas peruanas en tomo a un referente nacionalista (1860-1890)", en Mc Evoy: *La experiencia burguesa...* cit., pp. 391-419.

Notas sobre el nacionalismo peruano en el siglo XIX

El nacionalismo, entendido como la defensa de los bienes de la nación, especialmente de la soberanía, apareció ya en los primeros años de la República. Tuvi- mos, pues, actitudes, conductas, proyectos y políticas nacionalistas practicadas por el pueblo y los gobiernos. Esos fueron, en su momento, el raigal rechazo de España y lo español; de Bolívar, la Gran Colombia y los soldados colombianos; de Santa Cruz, Bolivia y las tropas bolivianas; de las ambiciones territoriales ecuatorianas, del general Flores y su fracasada expedición; de la escuadra española de Isabel II, y, en forma culminante, de Chile y sus planes usurpadores. Causa o efecto, los conflictos que opusieron al Perú a algunos países extranjeros (vecinos o no) reconocieron estrechos vínculos con el popular sentimiento patriótico y nacionalista. Por cierto, nuestro juvenil nacionalismo no solo logró el éxito que sustenta hablar de la nacionalidad triunfante, como el 2 de mayo de 1866, sino sufrió la derrota de la nacionalidad herida en la Guerra del Pacífico.

Tempranamente, hubo momentos de manifiesta xenofobia, resultado a veces de una presencia foránea no siempre cordial ni respetuosa de los usos locales. Por otro lado, la protección de lo nacional no podía olvidar a los peruanos que pasaban dificultades en el exterior; así ocurrió en 1849, cuando Castilla envió al bergantín de guerra "General Gamarra" a California para auxiliar a los barcos y tripulaciones peruanos atraídos por la fiebre del oro⁶⁷.

El nacionalismo económico —el proteccionismo— fue práctica gubernativa que duró algunos años, hasta su reemplazo por el librecambismo⁶⁸. Al inicio de la República, se puso límites al comercio realizado por los extranjeros. Más tarde, constituido un grupo capitalista peruano, se solicitó darle preferencia en la explotación del guano, lográndose en 1862 que tomara a su cargo las consignaciones en Gran Bretaña, la más importante, y España⁶⁹. El Contrato Dreyfus respondió a otros criterios. La estatización del salitre reflejó las urgencias fiscales y no solo un objetivo nacional.

La prohibición de exportar alpacas (1846) y vicuñas (1856), tema que se ha debatido recientemente, reflejó una temprana preocupación por el patrimonio de la nación⁷⁰.

67 Cf. Basadre: *Historia...* cit., p. 139.

68 Cf. Gootenberg, Paul: *Tejidos y harinas, corazones y mentes. El imperialismo norteamericano del libre comercio en el Perú, 1825-1840*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1989.

69 Cf. Basadre: *Historia...* cit., IV, pp. 334 y 336.

70 Cf. *ibíd.*, p. 206.

El nacionalismo se manifestó otras veces en defensa de las costumbres locales y rechazo de las importadas. Así ocurrió cuando algunos poetas románticos, en los años 1850, hicieron el elogio de la tapada limeña, al tiempo que se burlaban de la moda francesa representada por el pañolón; entonces, la saya y el manto limeños fueron considerados una señal de identidad, y hasta se dijo que ni chilenos ni cuzqueños sabían plegar la saya⁷¹. Un artículo sobre el carnaval limeño, obra del colombiano Arcesio Escobar, que firmaba *Omar*, publicado en una revista chilena, mereció el duro rechazo de un peruano, *Maro*, que salió en defensa de “la buena sociedad de nuestra culta capital”⁷².

La comida criolla, en el último tercio de la centuria, mereció elogios y ponderaciones de una serie de escritores que hallaron soberbios sus platos y potajes, su sabor y calidad, comparándola con ventaja a la archifamosa culinaria francesa. Entre ellos estuvieron Ricardo Dávalos y Lissón, Federico Flores y Galindo (*Dalmiro*), Abel de la Encarnación Delgado, Lastenia Larriva de Llona, Ricardo Palma – que defendió la mazamorra y la chicha de jora –, Zenón Ramírez, Ricardo Rossel y Nemesio Vargas. Pero tal vez no hubo gesto más nacionalista en el campo de la cultura popular que el rebautizó de la marinera, en plena Guerra del Pacífico, por Abelardo Gamarra, *el Tunante*, en honor de Miguel Grau y sus compañeros.

Especial función nacionalista jugaron algunas corporaciones establecidas en Lima durante la segunda mitad del siglo. Tuvieron preferente carácter literario la efímera Academia Nacional de la República del Perú (1867)⁷³, el Club Literario (1873), convertido en la postguerra en el Ateneo de Lima (1885)⁷⁴, el Círculo Literario (1886), palestra de Manuel González Prada, y la Academia Correspondiente de la Real Española en el Perú, instalada en 1887 a instancias de la corporación madrileña⁷⁵. Otros intereses cultivaron la Academia Nacional de Medicina, ex

71 Cf. Holguín Callo, Oswaldo: *Tiempos de infancia y bohemia. Ricardo Palma (1833-1860)* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1994), pp. 240-42; y Basadre: *Historia...* cit., II, pp. 322-26.

72 Cf. Escobar, Arcesio (*Omar*): “Costumbres limeñas: el carnaval”, en *Revista del Pacífico* (Valparaíso, 1860), 3, pp. 552-58. Suscrito en Lima y 1860, hizo pensar que su autor era chileno, por lo cual *Maro* publicó “Costumbres chilenas: el carnaval”, en *La Revista de Lima* (Lima, 1º ene. 1861), 3: 31, pp. 8-14; y Rouillon, Guillermo: “Índice de La Revista de Lima”, en *Boletín de la Biblioteca Nacional* (Lima, dic. 1950), 13, p. 140, registro 301.

73 Cf. Tamayo Vargas, Augusto: “La Academia Nacional del Perú”, en *150 artículos sobre el Perú* (Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos [Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Instituto de Literatura], 1966), pp. 359-61; y Basadre: *Historia...* cit., VI, p. 313.

74 Cf. *ibíd.*, X, p. 73.

75 Cf. *Anales de la Academia Correspondiente de la Real Española en el Perú. 1887*. Lima: Imp. de Torres Aguirre, 1887.

Academia Libre de Medicina de Lima (1888)⁷⁶, y la Sociedad Geográfica de Lima, ya referida.

Nuestro nacionalismo reconoció diferentes orientaciones. Tuvimos uno autoritario en la Constitución de Huancayo de 1839; uno liberal y anticlerical contra la Iglesia, el papa, etc., al cual Manuel Lorenzo de Vidaurre y Francisco de Paula González Vigil podrían representar; y uno religioso con motivo de la beatificación de Juan Masías y Martín de Porres en 1840⁷⁷. A propósito, cuenta Palma que hubo escritores sureños que quisieron chilenizar a Santa Rosa, motivo por el cual los “bohemitos” de su generación libraron una escaramuza literaria y nacionalista⁷⁸. La inestable situación internacional y las pretensiones de las grandes potencias hicieron que nuestra política exterior se afiliara al nacionalismo continental durante largos años⁷⁹.

Por cierto, los gobiernos siempre fueron acusados de faltos de nacionalismo o de debilidad frente a las potencias extranjeras, lo que por ejemplo ocurrió en 1865 con motivo del Tratado Vivanco-Pareja con España. La verdad es que, unos más, unos menos, todos fueron nacionalistas a su modo, aunque destacaron los de Gamarra, Salaverry, Castilla, Pardo, Piérola y Cáceres. Con Castilla, que gobernó en total doce años, el nacionalismo peruano llegó a su más alta expresión, “se puso el Perú de pie. Fue otro Perú, distinto del Perú pobre, inerme, vencido y mutilado que heredamos... Es así como Castilla habló del ‘Perú grande’ en contraste con ‘el Perú pequeño que algunos quieren [que] sea’”, afirma Basadre⁸⁰.

Como cualquier otro, nuestro nacionalismo se valió de medios de expresión habituales, como la publicidad y la prensa, la música y los símbolos, e insólitos. A esta clase perteneció la invención nacionalista del famoso reloj de Pedro Ruíz Gallo, instalado en el gran parque de la Exposición de Lima en los años 1870. Uno de sus cuerpos presentaba doce escenas saltantes de la Historia del Perú, desde la fundación del Imperio de los Incas por Manco Cápac y Mama Ocllo en el cerro de Huacacaca, con el lago Titicaca y la llanura donde se estableció el Cuzco, hasta la administración Balta, con un mapa del Perú y las obras públicas realizadas en todos los departamentos, alusiones a las artes, industrias, caminos y navegación; otro cuerpo movía un mecanismo para izar el pabellón nacional a las 5 a. m. y arriado

76 Cf. Basadre: *Historia...* cit., X, pp. 30 y ss. Verdadero motor de la institución fue su secretario perpetuo José Casimiro Ulloa.

77 Cf. *ibíd.*, II, pp. 198 y 385-87.

78 Cf. Palma, Ricardo: “La bohemia de mi tiempo”, en *Tradiciones peruanas completas* cit., p. 1306.

79 Ello ocurrió, por ejemplo, entre 1856 y 1862 (cf. Basadre: *Historia...* cit., IV, pp. 257-82).

80 En carta al general Pedro Cisneros de 19 jun. 1847 (cf. *ibíd.*, III, pp. 11-12).

a las 5 p. m., mientras dos centinelas en miniatura ponían las almas al hombro y un engranaje de campanas u órgano dejaba escuchar con gran sonoridad el Himno Nacional⁸¹.

A mediados del siglo, bajo el imperio del romanticismo, Miguel del Carpio, jurista y político arequipeño que protegía a los talentos jóvenes, le aconsejó a uno de ellos, Manuel Nicolás Corpancho, que el Perú debía tener una literatura propia, al igual que toda nación europea. Se trataba de un nacionalista reclamo de la elite, pues para el Perú se quería lo mismo que tenía Francia, Inglaterra o Alemania, vale decir una literatura nacional⁸². Ricardo Palma fue uno de los que siguieron el consejo, y seguramente las tradiciones que escribió lograron la originalidad que ese mecenazgo deseaba⁸³. Por cierto, las elites se propusieron reparar las carencias culturales antes que las sociales; al fin y al cabo, la alta cultura se podía “construir” con cierta rapidez, mientras la transformación social demandaba el paso de varias generaciones.

La Revista de Lima (1859–1863), fundada por José Antonio de Lavalle y otros jóvenes románticos, fue una publicación académica de índole general, a la manera del antiguo Mercurio Peruano, que exhibió un claro nacionalismo de grupo cuando sus redactores “prometieron que todos sus escritos serían peruanos por su origen o por sus tendencias; y cumplieron su promesa”⁸⁴. El Gobierno le otorgó una subvención.

Balance final

¿Qué no se hizo en el siglo XIX? Sin duda, la omisión más grave fue no incorporar a los campesinos a la vida nacional: no hacerlos bilingües, alfabetos, ciudadanos del Perú moderno. En vez de ello, a menudo se les dejó en la marginación, la pobreza y la ignorancia. Ciertamente, no era tarea fácil, pero algo se hubiera logrado con una actitud y una mentalidad abiertas a reconocer su capital función

81 Cf. *ibid.*, VI, pp. 289-91.

82 Cf. Holguín Callo: *Tiempos de infancia y bohemia...* cit., pp. 188-89.

83 Algunos aspectos nacionalistas de la obra de Palma se desarrollan en Unzueta, Fernando: “Las Tradiciones peruanas y la cuestión nacional”, en Palma, Ricardo: *Tradiciones peruanas*. Edición crítica. Julio Ortega, coordinador (Madrid: Colección Archivos, 1993), pp. 503-19.

84 Cf. Basadre: *Historia...* cit., V, p. 88; un estudio *ad hoc* en Castillo Carrasco, Daniel del: “Un deseo de historia. Notas sobre intelectuales y nacionalismo criollo en el siglo XIX a partir de *La Revista de Lima* (1859-1863)”, en Henríquez, Narda (comp.): *El hechizo de las imágenes. Estatus social, género y etnicidad en la historia peruana* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000), pp. 99-191.

en la nacionalidad. He esbozado el origen y la circunstancia de tan funesta como condenable negligencia.

Separados por una larga centuria, hoy advertimos que no eran suficientes un Estado, una historia escrita, unos ferrocarriles, unos símbolos, unas escuelas; que todo ello, siendo importante, no era en sí la solución del “problema nacional”. Ella radicaba en la unificación, la fusión, la incorporación a la vida peruana misma, de la mayoritaria, dispersa y atrasada población campesina, ignorante muchas veces de lo que en realidad era el Perú. Era fundamental extender la base social de la nación, haciéndolos sus miembros a indios, mestizos, negros, mulatos y chinos.

Todo ello no justifica, ni mucho menos, considerar un tiempo perdido el siglo XIX. No solo logramos la Independencia y fundamos un Estado, no solo colocamos al Perú en el concierto de los pueblos soberanos, sino hicimos que el edificio nacional reconociera avances y progresos de capital importancia: consolidamos la precaria unidad territorial venida del Virreinato, defendimos la heredad de la patria y solo cedimos ante fuerzas y situaciones insuperables; creamos unos entrañables símbolos propios⁸⁵ y un calendario cívico-patriótico de celebraciones; forjamos una literatura reconocida en la esfera hispanoamericana, un arte cultivado (la pintura realista de Francisco Laso y la histórica de Juan Lepiani), una música culta (europeísta o “peruana”) y otra popular; fundamos unas instituciones representativas en el campo académico o científico; escribimos una historia nacional dotada de grandeza de imágenes, héroes, sucesos legendarios, y una geografía con mapas y presencia permanente en el callejero de las principales ciudades; establecimos y dotamos de contenido a una enseñanza o educación nacional (cívica, histórica, geográfica, literaria, etc.), y a una oratoria cívico-patriótica propia de las grandes ocasiones (arengas, proclamas, bandos, etc.); fundamos no pocas aldeas y ciudades en la selva, construimos algunos caminos de colonización, tendimos empinadas líneas férreas entre la costa y la sierra, que permitieron dejar atrás el caballo y la mula, y olvidar los pasos difíciles. Y en la segunda mitad de la centuria, logramos notables progresos en el “descubrimiento” de la identidad nacional, siendo nuestra cultura y tradición objeto de estudio, reflexión y legítimo orgullo, desde el lenguaje (los peruanismos estudiados por *Juan de Arona* y Palma), la comida costeña y serrana, la música (el vals criollo), la pintura popular (la acuarelas de Pancho Fierro), y el folclor (las danzas andinas), el rostro del país (los grabados de *El Correo del Perú* y *El Perú Ilustrado*) y las exposiciones, concursos y ferias de productos provinciales. Finalmente, en el siglo XIX dimos los primeros pasos de la esencial pero no fácil aceptación del mestizaje, sustento de la identidad nacional. Pudo hacerse más, es verdad, pero nuestros abuelos de aquel tiempo, en frase de Piérola (1897), eran “un puñado

85 También lemas de mucho significado como “Firme y feliz por la unión”.

de desconcertadas gentes, esparcidas en un inmenso territorio por laborar", llamadas a ser "el poderoso pueblo que ha de vivir en este pedazo bendito del globo"⁸⁶.

Muchas gracias.

Discurso de recibimiento por la Dra. Margarita Guerra Martinière

Señora Vicepresidenta de la Academia Nacional de la Historia; Señores académicos; Doctor Oswaldo Holguín Callo

Señoras y señores:

Es realmente para mí un honor y motivo de profunda satisfacción participar en este acto de recepción del doctor Holguín en la Academia Peruana de la Historia, porque he podido seguir de cerca su crecimiento intelectual, casi desde su ingreso a la Pontificia Universidad Católica del Perú, al antiguo Bachillerato de Letras, y su trayectoria como miembro del Instituto Riva-Agüero, donde se incorporó al Seminario de Historia.

No es un elogio el sentido que tienen las palabras que he preparado para esta recepción, sencillamente me he ceñido al fin último de la Historia: la búsqueda de la verdad, una verdad que, como decía José Baquijano y Carrillo en su famoso *Elogio* al virrey Jáuregui, no admite exageraciones y que, en este caso, es un testimonio de vida sobre las experiencias compartidas en más de treinta y cinco años de conocimiento y amistad.

El doctor Holguín ingresó a la Universidad Católica en 1967 y desde entonces ha continuado vinculado a su "alma mater". Primero como alumno aventajado en las Facultades de Letras y Ciencias Humanas y de Derecho y Ciencias Políticas; paralelamente, dio los primeros pasos en la docencia como instructor en el curso de Historia del Perú II, que regía el doctor de la Puente Candamo y, finalmente, como profesor, actividad que ejerce hasta la actualidad en la condición de docente asociado del Departamento de Humanidades.

Desde muy temprano se dejó sentir su vocación por la Historia; no obstante, como ocurre hasta la actualidad, hizo los estudios, en forma simultánea, en las

86 Cf. Ugarteche, Pedro; y San Cristóval, Evaristo (comps.): *Mensajes de los presidentes del Perú...* (Lima: Lib. e Imp. Gil S.A., 1943 y 1945), II, p. 358; y Basadre: *Historia...* cit., X, p. 138.